

Liberalismo

Juan Luis Ossa
Santa Cruz



No cabe sino celebrar la discusión que se ha generado últimamente sobre los contornos y fines programáticos del liberalismo político. Si hasta hace unos años el liberalismo era reducido (con algunas pocas pero relevantes excepciones) al economicismo neoliberal, hoy contamos con una amplia y sofisticada gama de intelectuales públicos que abrazan esta corriente como un ideario digno de ser estudiado y practicado. En las publicaciones que he leído me han asaltado, sin embargo, algunas dudas metodológicas, así como me han sobrado otras tantas cuestiones normativas. Me explico a partir de tres puntos.

En primer lugar, he extrañado una reflexión más pausada sobre el devenir, siempre complejo y nunca lineal, de las muchas tradiciones liberales que, al menos desde fines del siglo XVII, se han dado cita en lo que laxamente podemos llamar "mundo occidental". No basta con decir que John Locke es el padre del liberalismo o que Benjamin Constant estaba a la dere-

cha de Jeremy Bentham. Sus escritos deben ser contextualizados a partir del momento en que fueron pensados y sacados a la luz, dotándolos de historicidad y siendo conscientes de que no existe algo así como un liberalismo ortodoxo y otro heterodoxo.

Esto me lleva al segundo punto: las tradiciones liberales suelen convivir con muchas otras posiciones políticas. Ese es el caso, por ejemplo, del conservadurismo (entendido no como una forma reaccionaria de vivir la vida, sino como una "disposición" que favorece el gradualismo). En palabras de Michael Oakeshott, y muy en sintonía con el pensamiento de Edmund Burke, "ser conservador no es meramente sentir aversión al cambio (que puede ser una idiosincrasia); es asimismo una manera de acomodarnos a los cambios". Sin duda, un liberal como Isaiah Berlin habría estado de acuerdo con esta afirmación.

Finalmente, he encontrado en algunas columnas de opinión un cierto cons-

tructivismo solapado, lo que es, como se sabe, muy poco liberal. La "libertad negativa" de Berlin —esto es, la ausencia de interferencia en la esfera de acción de los individuos— se encuentra en las antípodas del normativismo constructivista, el cual puede provenir tanto de una autoridad abusiva como de intelectuales orgánicos que, en nombre del bienestar común, deciden por nosotros cuánto hay de liberal en nuestra manera de pensar y vivir. Como si se tratara de un problema matemático de fácil y exacta solución.

El ejercicio de la tolerancia y la diferenciación es, pues, consustancial a cualquier pensamiento de corte liberal. Aquí no hay ecuaciones ni cuestionarios que puedan predecir y medir cuánto tenemos de liberal (como hace unos días intentó hacerlo un importante matutino del país). Ser más o menos liberal dependerá de lo que entendamos por él. Pero primero hay que estudiarlo en toda su complejidad filosófica e histórica.

"No hay ecuaciones ni cuestionarios que puedan predecir y medir cuánto tenemos de liberal".

Liberales y la nueva izquierda

Hugo E. Herrera



El liberalismo ha producido elaboraciones conceptuales de las cuales es difícil prescindir. La consideración del sujeto en tanto que individuo irreductible al nivel de cosas, dentro del marco de una teoría filosófica rigurosa es una contribución egregia a la historia del pensamiento y la política. Pero pasa lo siguiente. El aspecto del sujeto al que llega el racionalismo liberal moderno puede coincidir estrechamente con el individuo al que aspira cierto socialismo, y no el socialismo burgués o socialdemócrata.

El individuo liberal es el individuo que encarna una capacidad de pensamiento racional. La subjetividad es entendida aquí como el lugar o la instancia de la realización del pensamiento. Precisamente, esa capacidad de pensar autónoma o racionalmente es la que define al sujeto y permite discernirlo de los objetos.

Esa idea del sujeto como una capacidad racional coincide, en parte relevante, con la concepción del sujeto de la nueva

izquierda chilena. El individuo socialista es, aquí, muy parecido al liberal.

En el socialismo de la nueva izquierda se trata de un individuo que se define como individuo en la medida en que participa en la deliberación pública. Pues bien, en esa deliberación, cuando ella funciona, tienden a prevalecer los argumentos generalizables. En cambio, las posiciones que no tengan a la vista a la generalidad de los participantes y sus opiniones, carecerán de posibilidades de éxito en la audiencia. Lo que terminará preponderando es, en consecuencia, aquella posición apta para ser admitida por la generalidad de los participantes. La deliberación es, así, un dispositivo generalizante, con el riesgo de que se acabe imponiendo lo "políticamente correcto" y se excluya lo extraño o inusitado.

O sea, el individuo kantiano-liberal es una razón capaz de pensar en general, y el individuo del socialismo de la nueva izquierda es la encarnación de

una razón capaz de pensar en general. Ambos acaban reconociendo sólo argumentos con valor general.

¿Dónde queda, en ese contexto definido por la razón generalizante y lo "políticamente correcto", aquello que es extraño, peculiar, raro? ¿Dónde queda la individualidad más íntima, esa de sus temores y deseos hondos y hasta

"¿Dónde queda, en ese contexto definido por lo 'políticamente correcto', aquello que es extraño, peculiar, raro?"

ocultos, de su creatividad? ¿Dónde queda la singularidad que no pasa por baremos previos, sus irrupciones originales, sus pulsiones políticamente incorrectas? Ni el liberalismo racionalista ni la deliberación socialista consideran todo eso.

Al contrario, se inclinan a violentar esa singularidad del individuo. Sobre ella termina cayendo el peso de la opinión generalizante de la asamblea o la voz generalizante de la razón, y, por guisa de las cuales, el individuo singular acaba solo o, si nos preocupásemos de darles expresión institucional a esos racionalismos, fuera de circulación.

Claudio Pizarro T.

Centro de Sistemas Públicos (CSP) - DII, U. de Chile



Gobierno y empresa en la revolución digital

El contexto que enfrenta el nuevo Gobierno plantea enormes desafíos de transformación. Muchos de ellos tienen perspectivas políticas, los que deben ser analizados y discutidos para, finalmente, lograr acuerdos validados que se expresen en proyectos de ley o programas de acción de ministerios y servicios públicos.

Siendo la política muy relevante a la hora de fijar prioridades, existe una dimensión donde está supeditada a fuerzas que impulsan los cambios. Me refiero a la transformación digital, la que determina nuevos comportamientos del ciudadano y el consumidor, y la forma en como se relacionan con las instituciones del Estado y las empresas.

El ciudadano está crecientemente digitalizado ("No se separa de su celular ni más de 10 minutos, ni más de tres metros", dijo Sandro Solari, entonces gerente general del grupo Falabella, en octubre de 2017). Exige tiempos de respuesta muy cortos (atención impecable 24x7), sin redundancia (por qué solicitan mis antecedentes si ya los tienen) y sin errores. Las empresas y el Estado, por su parte, enfrentan a este nuevo ciudadano/consumidor que, como nunca antes, es más exigente.

En este escenario, las organizaciones públicas y privadas enfrentan una transformación cultural. Las tecnologías están disponibles — «cloud», «mobile» y digital —, por lo que soluciones a las listas de espera, colas y sobrecostos solo requieren compromiso, a fin de llevar adelante estas transformaciones.

Los ámbitos de intervención en el Estado son enormes, en especial donde su deuda es mayor con los ciudadanos: infancia, salud, educación, seguridad ciudadana, migraciones y pensiones, entre otros. Estos tiempos de cambio abren oportunidades para mejorar el uso de los recursos, así como opciones laborales que hoy no conocemos.

Llevar adelante la transformación no es sólo responsabilidad del Gobierno y de las empresas. La sociedad civil organizada — sindicatos, ONG y universidades, entre otras — también tienen algo que decir porque el impacto es transversal. Hay avances, pero la tarea por hacer supera en forma exponencial a lo realizado. Podemos avanzar mucho sólo con convicción y compromisos, pero necesitamos acción porque el ciudadano y el consumidor no esperan.